



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

LA FAMILIA, CUERPO DEL AMOR

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora
(Agosto 2015)**

Don Roberto Carelli

7. La familia, cuerpo del amor

ORACIÓN

Ponemos nuestra reunión en manos de Dios, leyendo un texto del Evangelio

Don Roberto Carelli

La casa existe donde el amor no es solo una idea o un ideal, una emoción o un sentimiento. La casa, en efecto, es el lugar de la familia, y **la familia es el cuerpo del amor**, es el lugar donde el amor toma cuerpo, se hace concreto. En familia se aprende a amar porque, ante todo, es en la familia donde se aprende a escuchar y a hablar, a apreciar y a valorar, a decidir y a actuar, a recibir cuidados y a darlos, a reír y a llorar, a gozar y a sacrificarse, a vivir y a morir. Sobre todo, en la familia se aprende a rezar, a amar a Dios y a amar como Dios ama. Son cosas evidentes, pero hoy en decadencia, porque en nuestra cultura, el amor se convierte en la única cosa o bien en una cosa cualquiera: por una parte se ha divinizado, y por otra secularizado. En efecto, por una parte el amor es considerado como la cosa más importante, lo único que cuenta, lo más transparente, que no tolera otras referencias, y en condiciones de hacer callar a cualquier otra consideración: *love is love... cuando hay sentimiento... pero si nos amamos...?* Y por otra, – como observa Xavier Lacroix, conocido filósofo y teólogo francés – a despecho de una idea de amar tan unívoca, nada aparece más equívoco que el amor: “¿cómo puede ser que una misma palabra designe realidades tan diversas, y hasta opuestas? Idéntica palabra para la entrega y para la lujuria, para el goce y para la tendencia hacia Dios, para el deseo y para el apego, para el afecto materno y para el placer carnal, para la pasión devoradora y para el amor conyugal, para el chocolate y para un cuadro de Vermeer”.

En efecto, cuando el amor carece de toda referencia concreta y espiritual, se convierte en ídolo, es decir, en todo y en nada: en todo, en el sentido que sustituye a Dios; en nada, porque el ídolo es inconsistente. Peor aún – como ha intuido C. S. Lewis en el famoso libro sobre los “cuatro amores” – porque Dios es amor, “cuando el amor ya no es Dios, se convierte en demonio”, y por el mismo motivo, “cuando al amor se le convierte en Dios, también en este caso se convierte en Demonio”. Esto es lo que pasa con el amor, cuando se le arranca de sus raíces naturales y de sus fundamentos sobrenaturales, cuando, precisamente, pierde su aspecto concreto. Por lo demás, ya se sabe, el choque entre Cristo y Satanás es el choque entre lo concreto y las abstracciones: el Anticristo – explica san Juan – es, en efecto, aquel que niega a Dios en la carne” (2Jn 7) y no reconoce al Padre y al Hijo” (1Jn 2,22), mientras Cristo es precisamente el Verbo que se ha hecho carne” y es el Hijo “Unigénito del Padre” (Jn 1,14).

La intuición de Don Bosco según la cual, “no basta amar”, es hoy más verdadera que nunca: debe haber amor verdadero, y debe ser reconocible. En la época de la así llamada “familia afectiva”, donde solo cuentan los sentimientos y no las leyes, los entendimientos y no las alianzas –y mientras tanto las casas se derrumban - tenemos que ser conscientes de que **el amor es ciertamente esencial, pero que no existe solo lo esencial**, es totalizante mas no autosuficiente: su fuerza no puede existir sin alguna forma, y el transporte de los afectos no puede durar sin la estabilidad de la relaciones. Lacroix lo expresa muy bien: “¿puede el amor ser el solo fundamento de la pareja y de la familia? Tenemos que tener la suficiente valentía para decirlo: amar no es suficiente. El amor, por muy fuerte que sea, no suprime la dificultad de comunicarse, de expresar los propios deseos, las propias penas, de saber decir serenamente no, y no digamos ya del temor a ser engullidos en la relación, del resurgir de la imagen parental, de la falta de imaginación para mantener viva esa larga conversación que comporta un vida de pareja”.

Don Bosco ha tenido siempre muy claro que: **el amor no está suspendido en el vacío, sin anclas, sin brújulas, sin referencias y fundamentos**. El amor es Dios y viene de Dios, nos ha sido dado en el cuerpo de Jesús y en la efusión de su Espíritu, nosotros lo encontramos en la gran familia que es la Iglesia y a partir de la fe que

respiramos en la familia. Por esto –como ha escrito el rector Mayor en el comentario al Aguinaldo– **“consideramos el espíritu de familia como el corazón del carisma salesiano”**. Espíritu de familia – como ilustra la regla de vida de los hijos de Don Bosco– quiere decir que cada uno se siente “en su casa”, se siente acogido y al mismo tiempo responsable, experimenta la confianza mutua y el afecto correspondido, madura la disponibilidad para compartir y la capacidad de perdonar.

Es cierto que Don Bosco, y nosotros con él, debió mucho a sus dos madres, mamá Margarita en la tierra y María, la madre y maestra regalada a él por el cielo: gracias a ellas Don Bosco ha desarrollado todos aquellos detalles del amor que constituyen un perfil concreto y una fisonomía original: “La sabiduría campesina –así habla el Rector Mayor– la sana astucia, el sentido del trabajo, la esencialidad de las cosas, la ocupación permanente, el optimismo a toda prueba, la resistencia en los momentos de infortunio, la capacidad de recuperación después de los altercados, la alegría siempre y en todo lugar, el espíritu de solidaridad, la fe viva, la verdad y la intensidad de los afectos, el gusto por la acogida y la hospitalidad” (*Como Don Bosco*, 17).

No por casualidad, la herencia pedagógica de Don Bosco, su Sistema preventivo, se basa en la **convergencia de la razón, la religión y el amor**, En el centro, ciertamente está el amor, pero Don Bosco lo considera inseparable de las otras dos alas de la razón y la religión, de la sabiduría y la providencia, del buen sentido y del sentido de Dios. Y hoy sabemos muy bien que las tres dimensiones del Sistema Preventivo o se dan juntas o juntas se derrumban: sin la razón y la religión, el amor, reducido a sentimiento, acaba por convertirse en el criterio de legitimación de desórdenes morales (en las sociedades seculares) o de la violencia religiosa (en las sociedades sacrales); y recíprocamente, sin amor verdadero, la razón se debilita y la religión decae. Y la gente se siente mal, desorientada en la mente, desnortada en el corazón, mortificada en el deseo de integridad y felicidad: sin verdad y sin Dios el amor, antes erigido en criterio absoluto, en fin de cuentas, pierde todo criterio y se transforma en arbitrio y egoísmo, en desorden y violencia.

La Iglesia, hoy más que nunca, es consciente del hecho de que existe un orden en el amor que viene de Dios y, que en cierta medida, se le puede descubrir en la creación, y que el mito del “amor libre” no realiza verdaderamente un “amor libre”, sino que condena a la esclavitud del individualismo, del narcisismo, del hedonismo no solo a cada uno, sino a la entera sociedad. En la Carta Apostólica *Evangelii Gaudium*, el papa Francisco ha expuesto con claridad que el amor es sentimiento y responsabilidad, no una cosa sin la otra, y que el amor humano encuentra en el matrimonio su forma completa: “la contribución indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de emotividad y de las necesidades contingentes de la pareja, Como proclaman los obispos franceses, no nace del sentimiento amoroso, efímero por definición, sino de las profundidades del compromiso asumido por los esposos que aceptan entrar en una comunión de vida total”.

La iglesia, a su vez, modela su amor en las fuentes del Evangelio, en la íntima comunicación con la persona, las palabras y la vida del Señor Jesús. Y también en la Iglesia, la pedagogía de Don Bosco, que no es solo un estilo educativo, sino un programa espiritual, encuentra las raíces del trinomio “razón, religión y amor”, en el modo de ser y de obrar de Jesús. No sin razón los Obispos italianos, en sus Orientaciones educativas, emplean el icono evangélico de Mc 6,34-41, donde se ilustra la vida pública de Jesús, y se ve que **Jesús inaugura la venida del Reino de Dios llamando, enseñando y curando**, hablando, pues, al corazón, a la mente y al deseo de Dios: 1. Jesús ha venido para hacernos conocer y experimentar el amor de Dios, porque sin él todo es vano: ¡por esto Jesús llama! 2. Pero Jesús ve también que el hombre no sabe quién es Dios ni qué es el amor, y los peores desastres los hace precisamente en nombre del amor y en nombre de Dios; ve claramente que el hombre tiene más necesidad de la Palabra de Dios que de pan: ¡por esto Jesús enseña! 3. Jesús, finalmente, no se limita a hablar del amor de Dios, sino que demuestra con los hechos la señoría misericordiosa del Padre obrando con el poder del Espíritu: ¡por esto Jesús cura!

PARA EL DIÁLOGO

1. “En la familia se aprende a rezar, a amar a Dios y a amar como Dios ama. Son cosas evidentes, pero hoy en decadencia...” ¿en nuestra familia intentamos que el aprender a rezar y amar a Dios no estén en decadencia?

2. “¿puede el amor ser el solo fundamento de la pareja y de la familia?”
3. “No basta amar, también se necesita que se sienta amado”

¡Señor Jesús, ***conságranos en la verdad, reúnenos en la caridad, comunícanos tu santidad!*** Y haznos capaces de acompañar a los jóvenes a revestirse de tus sentimientos, a ver el mundo, las cosas y las personas a la luz de tu sabiduría y de tu misericordia, a reconocer el rostro paterno de Dios para amarlo con corazón de hijos.

PETICIONES (Expontaneas)